

Rigoberta Menchu, Premio Nobel de la Paz: nuevo amanecer para Guatemala

Rigoberta Menchú ha obtenido el Premio Nobel de la Paz a los treinta y tres años, la edad que se supone tenía Jesús de Nazareth cuando lo asesinaron en la cruz y Dios lo resucitó para reivindicar en El como primogénito de la humanidad la vida de todos los justos asesinados. Por esta coincidencia es legítimo ver en el reconocimiento de Rigoberta, miembro de un pueblo asesinado en incontables de sus hijos, el símbolo de la resurrección del pueblo de Guatemala.

Es en este contexto de muerte y vida como hay que leer este acontecimiento. Guatemala es un país que no ha dejado de conocer la muerte injusta de su pueblo desde que se intentó la conquista de sus habitantes indios mayas en el primer cuarto del siglo XVI. La historia de Guatemala es historia de continuación de la conquista frente a la tenaz resistencia de los indígenas y luego de sus mayorías injustamente empobrecidas, tanto indígenas como ladinas. Durante casi cinco siglos, esta resistencia se ha traducido en cerca de cuatrocientos motines indígenas. El creciente espíritu de justicia y dignidad, que en este siglo ha descendido hasta las masas y ha ocasionado su organización en defensa de los derechos humanos de los pobres, ha extendido esta rebeldía indígena a muchos sectores no indígenas.

Guatemala ha estado en guerra civil desde 1962, porque los descendientes de los conquistadores han intentado arrasar todas las justas reivindicaciones de democracia con el militarismo. Los

frutos del militarismo han sido la desaparición de miles sin dejar rastro, la sistemática utilización de la tortura y el asesinato, la política de tierra arrasada y el genocidio. A pesar de la siembra de tanto terror, no se ha podido impedir una gran cosecha de resistencia, de denuncia, de desenmascaramiento de la aparente tranquilidad. Sobre todo este horror antiguo y principalmente reciente se ha levantado un muro de silencio.

El Premio Nobel de la Paz entregado en este año del quinto centenario a Rigoberta Menchú puede significar un impulso decisivo para derribar este muro de silencio. Ya Rigoberta había pasado una década de su vida dando a conocer por Europa y América el drama de la injusticia, la opresión, la represión y la discriminación, que son las dimensiones del sufrimiento infligido injustamente a sus hermanos indígenas y a todo el pueblo de los pobres de Guatemala. En 1983, narró a una antropóloga venezolana la historia de su vida. *Yo, Rigoberta Menchú. Cómo me nació la conciencia* ha sido traducido a once lenguas. Hoy los medios masivos de comunicación han transmitido esa historia suya y de su pueblo a millones de personas y la han puesto en el primer plano de la escena política mundial.

No es lícito ser ingenuos o excesivamente entusiastas. Esto no garantiza que, de aquí en adelante, los gobiernos enfoquen a Guatemala como una llaga en la dignidad de la humanidad y presionen al gobierno guatemalteco para que, en sus nego-

ciaciones con las guerrillas hacia la paz, se comprometa con el respeto de los derechos humanos, con la democratización y la desmilitarización verdaderas y con la aceptación de una verificación internacional de sus compromisos. Pero tampoco se puede minusvalorar la significación del Nobel a Rigoberta para alcanzar estos objetivos.

En 1980, el argentino Adolfo Pérez Esquivel recibió el Nobel de la Paz por su trabajo en pro de los derechos humanos contra la dictadura militar. Breves años más tarde, los militares entregaban el gobierno y sus jefes más conspicuos eran juzgados por crímenes contra los derechos humanos. En 1984, al arzobispo negro de Sudáfrica, Desmond Tutu, recibió el mismo galardón por su trabajo en contra del *apartheid*. Hoy, en Sudáfrica, el gobierno de la minoría negra no ha podido eludir un proceso de negociación para dismantelar el *apartheid* y avanzar hacia la democratización del poder. Otros factores no menos importantes contribuyeron a estos resultados. Pero los Nobel de la Paz tuvieron su parte.

Rigoberta Menchú destaca entre los ganadores del Nobel de la Paz por varios capítulos. Rigoberta es miembro de un grupo étnico humano que ha sufrido la violación de su paz durante toda su historia hasta el día de hoy. Su padre, preso y torturado varias veces por defender la tierra de su familia, fue finalmente quemado vivo durante el operativo represivo de la policía guatemalteca contra la ocupación pacífica de la embajada de España en la que había tomado parte para protestar por la brutalidad de los militares. Un año antes, en 1979, Rigoberta y su madre habían visto cómo el ejército de Guatemala quemó vivo a su hermano e hijo, junto con otros diecinueve presos, todos previamente torturados. Un año después, su madre, intrépida en su exigencia de que se aclararan las circunstancias de la muerte de su hijo, fue violada, torturada y atada a un árbol para ser devorada por animales del monte hasta la muerte. Rigoberta ya había visto morir a otros dos hermanos víctimas de la enfermedad y el envenenamiento de pesticidas en los trabajos de las fincas agroexportadoras de la costa sur de Guatemala.

De toda esta tragedia, Rigoberta sacó fuerzas para crecer en humanidad, para convertir su sufri-

miento en lucha pacífica por la justicia debida a su pueblo y a todos los pobres. Sin educación formal, autodidacta y mujer indígena —una gran mayoría de ellas en Guatemala no son bilingües— cultivó la palabra, poniendo a producir su inteligencia innata para hacer de su castellano, impecablemente aprendido, la voz de todo su pueblo.

Ningún Nobel de la Paz ha sido concedido antes a una persona tan claramente perteneciente a una etnia discriminada, a un género humillado, a una clase social explotada y a un pueblo empobrecido y oprimido. Tampoco a un miembro de una organización campesina, como lo es el Comité de Unidad Campesina (CUC), al que Rigoberta se afilió, siguiendo la huella de su padre. En este sentido, Rigoberta afirma que “afortunadamente en Guatemala la lucha en esencia no es una lucha exclusivamente cultural, por la identidad como herederos de los mayas. La perspectiva se plantea desde otro ángulo; se han dado alianzas, encuentros, unificaciones de causas indígenas y no indígenas”. Partiendo de esta base de construcción de la pluralidad humana, del respeto a la diversidad, hay que subrayar que el Nobel de la Paz se ha dado a una indígena y que desde esta particularidad que agudiza, que agudizó el sufrimiento, esta mujer indígena con inmenso espíritu, afirma que el Nobel la ayudará a “demostrar que la herida que sentimos los indígenas es una herida de toda la humanidad”.

La experiencia de la desproporción de sus esfuerzos con los resultados está hondamente clavada en Rigoberta Menchú. Rigoberta siente que la mayoría de la gente que ha encontrado en sus largas peregrinaciones para liberar la verdad aprisionada de Guatemala, conoce a este país por sus imponentes restos mayas o por los brillantes colores y diseños de sus trajes típicos. “La otra cara de Guatemala —dice— es la cara de la represión, de la guerra, de la multitud de muertos. Pero al final parece insignificante en las vidas de otra gente. Quiero decir que se asombran cuando oyen de los 46,000 desaparecidos en Guatemala. Dicen ‘qué horrible’ y se impresionan mucho, pero no van más allá de eso”. El Nobel supone un momento de ruptura en esta experiencia que acosa hoy a todos los luchadores por la justicia. Significa que efectivamente

su grito ha sido escuchado, que el clamor de su pueblo, contenido de su grito, ha penetrado más adentro de lo que se podía esperar en este mundo de continuo deterioro de la suerte de los pobres.

Por la ruptura entra el aire fresco de una nueva oportunidad para el pueblo indígena de Guatemala y de toda América, para la paz con verdad y justicia en Guatemala y para la dignidad de todos los pobres del mundo. Es importante ver lúcidamente que lo que hay detrás del Nobel es el trabajo suyo y de muchos otros, el trabajo penoso de cada día en estos diez años para rescatar del silencio el clamor de tanta inhumanidad sufrida y para devolver la verdad a tanto encubrimiento de crímenes. En definitiva, lo que hay detrás es la siembra esforzada de una semilla de humanidad. El Comité Noruego del Nobel ha recalcado que “hoy, Rigoberta Menchú destaca como un vívido símbolo de paz y reconciliación”. Su rostro joven, lleno también de la huella del dolor, sonrío con bondad, con profunda compasión, con firme esperanza. Vale más esa humanidad, herencia ya de Rigoberta a Guatemala y al mundo, que toda la inhumanidad sufrida por ella y su pueblo, por mucha riqueza y poder en que se asiente. “Nosotros —afirmó Rigoberta hablando de la ‘Campaña 500 años de resistencia indígena, negra y popular—’ no sabemos lo que es odio. Pero no queremos olvidar los crímenes que hemos sufrido, porque sería legitimar esa inhumanidad. Y eso, ya no puede volver a suceder”.

Rigoberta es un ser humano entrañable. Para una mujer indígena, haber llegado a los treinta y tres años sin casarse y sin tener un hogar familiar, supone un gran sacrificio, que da la verdadera medida de su compromiso con su pueblo masacrado en las fuentes de su vida y da también la medida de su solidaridad con los miles de viudas de la represión, en la casa de cuya organización Rigoberta tiene por ahora su único hogar. De este sacrificio habla ella con sencillez como algo que la hunde en soledad y que querría ver superado: “la vida ese corta. Me gustaría tener casa, familia, y no ser como permanente viajera, siempre espe-

rando volver. Pero ese tiempo nunca llega y, cuando sentimos, ya no podemos hacer vida normal como antes”. El peregrinaje de Rigoberta, símbolo del éxodo de los refugiados y desplazados de su pueblo, parece eterno: desde el Quiché, donde nació y de donde salió al exilio para evitar ser asesinada como sus padres y hermanos, hasta Oslo, donde han consagrado el valor universal de su humanidad austera y doliente y a la vez retadora, sonriente y reflexiva. Una humanidad, capaz de unir, como ella misma afirma, “el testimonio personal que le corresponde con mucha moral y dignidad a los que han sido parte de las víctimas con la opinión sobre los grandes problemas de la humanidad: el desarrollo, la democracia, la paz, la pluralidad y diversidad cultural y la organización de los pobres”.

Para Rigoberta, el Nobel no le ha sido concedido a ella sola, sino a todos los luchadores por la dignidad humana de su pueblo y sobre todo a las víctimas sin reconocimiento y reivindicación. Ella piensa que no se puede continuar esta lucha sin la responsabilidad de muchos: “La emancipación del indígena o la emancipación de la mujer —afirma— tienen que ver con el nivel de educación, de conciencia, que tenga la sociedad entera: hombres y mujeres, indígenas y ladinos”. Por eso destaca el nivel de conciencia, el nivel de experiencia organizativa, el nivel de entendimiento de los derechos a una vida digna. Su lenguaje evoca al de



la Bienaventuranza de Jesús, cuando dice que existe el derecho a la felicidad, "a ser felices sobre la tierra, porque la tierra nos pertenece". "Dichosos los sometidos porque ellos poseerán la tierra". Sobre este fundamento, Rigoberta afirma: "nunca antes tuvimos tan vivo el entendimiento como lo tenemos ahora. No debemos ignorar ahora todo lo aprendido en la guerra, lo aprendido en la pobreza, lo aprendido en la marginación".

Y esto es, ciertamente, lo que refrendaban los miles de indígenas que la acompañaban en la ciudad de San Marcos de Guatemala, cuando le llegó la noticia del Nobel. Esto es lo que acentuaban la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala, las organizaciones de derechos humanos, los comités de desplazados, las organizaciones de mujeres, el Comité de Unidad Campesina, es decir, todas las nuevas organizaciones de la sociedad civil de Guatemala, que no se amedrentan en su continua reclamación al gobierno para que termine la impunidad de los represores y amanezca una nueva época de paz humanizadora en Guatemala.

Este nuevo amanecer es uno de los reductos de la utopía en nuestro mundo latinoamericano. Y viene de los pueblos indígenas, de los afroamericanos, de los intrépidos defensores de los derechos humanos. "Danos la claridad, la luz del amanecer", narra Rigoberta que rezaban los sacerdotes indígenas mayas en el II Encuentro de 500 años de resistencia. "El mensaje más importante de los religiosos mayas —dijo— es que hemos vivido en mucha noche, en mucha oscuridad. En medio de la oscuridad nos hemos dado las manos. Cuando amanezca, ¿será todo igual?". También en la fe cristiana, la experiencia de muerte es noche oscura y es amanecer la experiencia de resurrección.

Rigoberta, hija de padre católico, catequista indígena, y de madre que practicaba la religión maya —"madrina, comadrona y curandera del amanecer y de la luz", la llama en uno de sus poemas—, aboga por el respeto de la Iglesia a las religiones indígenas. Así, se convierte en intérprete de la deuda de la fe cristiana con la inculturación. "Habría que preguntarse —dice— qué similitud tiene la vida del pueblo maya con la vida de Cristo". Desde su sencilla capacidad de verdad, sin dejar de reconocer los conflictos entre las

etnias y los estratos sociales de los indígenas guatemaltecos y las luchas por el liderazgo en el movimiento indígena de América, ella contrasta los valores indígenas vivos con la pérdida de los valores y el vacío en las sociedades de la abundancia injusta: "está bastante claro que el mundo de hoy ha perdido aceleradamente una gran cantidad de valores humanos, sobre todo en el primer mundo. La abundancia de recursos materiales ha provocado desesperanza en muchos jóvenes que se sienten muy frustrados de la vida, en un nivel de soledad muy fuerte. A medida que la gente no necesita de la comunidad es cuando se destruye la humanidad".

No es extraño que el obispo Pedro Casaldáliga, también candidato al Nobel de la Paz este año, haya declarado que el Nobel para Rigoberta le ha dado más alegría que si se lo hubieran dado a él. Tanta es la resonancia en este mensaje de Rigoberta de todos los que han querido vivir la opción por los pobres. Y tanto más doloroso que la presidencia de la conferencia de obispos en Santo Domingo haya considerado que no era oportuno un mensaje a Rigoberta porque podía ser ideologizado y politizado.

Unas semanas antes de que a Rigoberta le concedieran el Nobel de la Paz, en parte por tanta lucidez esperanzada, el Nobel Alternativo de la Paz fue otorgado a otra mujer guatemalteca, no indígena, Helen Mack. Hermana de la antropóloga Mirna Mack, asesinada el 11 de septiembre de 1990, según los indicios judiciales, por miembros de la Inteligencia Militar. Desde entonces, Helen Mack ha sido una intrépida luchadora para que acabe la impunidad en Guatemala. En estas dos mujeres guatemaltecas alumbramos para el país la luz de un nuevo amanecer.

Puede que la noche dure aún en Guatemala un tiempo impredecible. Con posterioridad a la concesión del Nobel a Rigoberta Menchú, el obispo Rodolfo Quezada Toruño, conciliador en la negociación de paz entre el gobierno y la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca, declaraba que por ahora no hay condiciones para la continuación de esta negociación, empantanada por el rechazo gubernamental a aceptar desde ahora una verificación internacional de las violaciones de los dere-

chos humanos en el país. Triste constatación.

Entre el presidente Serrano y otros personeros del gobierno no se aclaran si la invitación presidencial a Rigoberta a mediar en esta negociación es seria o no. Por su parte, Rigoberta ha levantado la bandera de la participación de la sociedad civil en las negociaciones. Con su Nobel de la Paz a cuestas —el premio es tanto una cruz de responsabilidad como una luz de victoria—, Rigoberta puede ser la conciencia de un país que conoce demasiado la ciencia de matar con silencio e impunidad. Por eso, al gobierno de Guatemala y al ejército, su candidatura al Nobel de la Paz les molestó tanto que en la semana anterior a la concesión el canciller y el vocero del ejército coincidieron en declarar que no apoyaban su candidatura, porque ella “sólo ha dañado la imagen del país” y “ha difamado a Guatemala”. Hace algunos meses, Rigoberta les había contestado con anticipación: sobre El Salvador —decía— se pueden mencionar los acuerdos de paz, cosas concretas, pero “de Guatemala sólo puede decirse: miren los asesinatos, las bombas, la represión. Deberíamos estar a otro ni-

vel de discusión”.

Gracias a Rigoberta es más probable que, en un futuro próximo, lo estemos. Para los que han hecho necesario este Nobel de la Paz, para los asesinos de indígenas y los violadores de las mayorías populares, Rigoberta y su premio son una bofetada. El presidente de Guatemala, después del premio, la felicitó a regañadientes, según percibió la sensibilidad de muchos guatemaltecos. Ella, en cambio, como Jesús de Nazareth, se reúne con todos con sencillez y verdad, también con los poderosos y los llama a amanecer en una nueva Guatemala.

En una Guatemala, en donde, como ella escribió en un poema de enero de 1991, pensando en los miles de refugiados,

regresarán los enjambres de abejas
que huyen por tantas masacres y tanto terror;
saldrán de nuevo de las manos callosas
tinajas y más tinajas para cosechar la miel.

J. H. P.

